



POR LA AUTORA DE
LA CHICA DEL TREN

A FUEGO LENTO

PAULA
HAWKINS

MIRA LO QUE HAS PROVOCADO

PAULA HAWKINS

A FUEGO LENTO

Traducción de Aleix Montoto

Título original: *A Slow Fire Burning*

© Paula Hawkins, 2021

© por la traducción, Aleix Montoto, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

La página 479 es una extensión de esta página de créditos

Primera edición: septiembre de 2021

Segunda impresión: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-08-24636-7

Depósito legal: B. 11.071-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La expresión inglesa *slow fire* («fuego lento») se refiere al proceso por el cual el papel de los libros se vuelve quebradizo con el tiempo a causa de la acidificación. El ácido procede del papel mismo, que contiene las semillas de su propia destrucción en las fibras que lo forman.

Los personajes que estás a punto de conocer albergan algo en su interior que los consume (la necesidad de venganza, de amor, de pasar página), algo que ha estado ardiendo en sus entrañas durante años y años.

¿No nos pasa a todos?

Cubierta de sangre, la chica se adentra en la oscuridad con paso tambaleante. Lleva la ropa hecha jirones. Cuelgan de su joven cuerpo y dejan a la vista partes de su carne pálida. Ha perdido un zapato y le sangra el pie. Le duele todo el cuerpo, pero el dolor se ha vuelto irrelevante, eclipsado por otros sufrimientos.

Su rostro es una máscara de terror; el corazón, un tambor; la respiración, el jadeo angustiado de un zorro escondido.

Un leve zumbido rompe el silencio de la noche. ¿Un avión? Tras enjugarse la sangre de los ojos, la chica levanta la mirada hacia el cielo y no ve nada más que estrellas.

El zumbido es cada vez más alto y más

grave. ¿Es un coche cambiando de marcha? ¿Ha llegado a la carretera principal? El corazón le da un vuelco, y en algún lugar de lo más profundo de sus entrañas consigue encontrar la energía necesaria para correr.

Más que ver la luz a su espalda, puede sentirla. Siente cómo ilumina su contorno en la oscuridad y sabe que el coche se acerca por detrás. Llega de la granja. Ella se da la vuelta.

Antes de verlo, ya sabe que la ha encontrado. Antes de verlo, ya sabe que es él quien va tras el volante. Se queda inmóvil. Vacila durante unos instantes y luego sale de la carretera y aprieta a correr. Se mete en una zanja y salta una cerca de madera. Al llegar al campo que hay al otro lado, sigue corriendo a ciegas, cayéndose y levantándose sin emitir sonido alguno. ¿De qué serviría gritar?

Cuando él la alcanza, le agarra un puñado de pelo y la tira al suelo. Ella puede oler su aliento. Sabe lo que va a hacerle. Sabe lo que le espera porque ya lo ha visto, ha visto cómo se lo hacía a su amiga, la violencia con la que...

—¡Oh, por el amor de Dios! —masculló Irene en voz alta. Cerró el libro de golpe y lo dejó sobre la pila de libros que llevaría a la tienda solidaria de segunda mano—. ¡Menuda sarta de tonterías!

1

Laura oyó la voz de Deidre en el interior de su cabeza. «Tu problema, Laura —le dijo—, es que tomas malas decisiones.»

«¡Tienes toda la puta razón, Deidre!» Esto no era algo que Laura esperara decir, o siquiera pensar, pero, ahí de pie en el cuarto de baño, temblando incontrolablemente mientras la sangre manaba del corte que se había hecho en el brazo, tenía que admitir que esa Deidre imaginaria había dado en el clavo. Se inclinó hacia delante y apoyó la frente contra el espejo para no tener que mirarse directamente a los ojos, pero mirar hacia abajo era aún peor, porque podía ver cómo brotaba la sangre y eso hacía que se sintiera mareada y le entraran ganas de vomitar. Había mucha sangre. El corte era más profundo de lo que había pensado, debería ir a urgencias. No tenía intención alguna de ir a urgencias.

Malas decisiones.

Cuando la herida comenzó a sangrar menos, Laura se quitó la camiseta y la dejó en el suelo. Luego se sacó los vaqueros, las bragas y, contoneándose, el sujetador (sorbiendo aire con fuerza a través de los dientes cuando el cierre metálico rozó la herida).

—Joder joder la puta joder —masculló.

Tras dejar también el sujetador en el suelo, se metió en la bañera, abrió el grifo de la ducha y permaneció temblando debajo del irrisorio chorrito de agua hirviendo (su ducha ofrecía la posibilidad de agua muy caliente o muy fría, no existían las opciones intermedias). Pasó las yemas de sus arrugados dedos por sus cicatrices, pálidas y hermosas: cadera, muslo, hombro, parte posterior del cráneo. «Aquí estoy —se dijo a sí misma—. Aquí estoy.»

Luego, con el antebrazo envuelto inútilmente en un montón de papel higiénico y con una toalla andrajosa alrededor del cuerpo, se sentó en el feo sofá de cuero sintético gris que había en el salón y llamó a su madre. Enseguida saltó el contestador automático y colgó. No tenía ningún sentido malgastar saldo. A continuación llamó a su padre.

—¿Estás bien, jovencita? —Se oían ruidos de fondo, la radio, 5 Live.

—Papá. —A Laura se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva con fuerza para deshacerlo.

—¿Qué sucede?

—¿Podrías venir, papá? Yo... he tenido una mala no-

che. Me preguntaba si podrías venir un rato. Sé que vi-
ves algo lejos, pero yo...

—No, Philip —oyó que decía Deidre al fondo, con
los dientes apretados—. Tenemos *bridge*.

—Papá, ¿podrías apagar el altavoz del móvil?

—Cielo, yo...

—En serio, ¿podrías apagar el altavoz del móvil? No
quiero oír su voz, hace que me entren ganas de incen-
diar cosas...

—Vamos, Laura...

—Da igual, papá. Olvídalo. No importa.

—¿Estás segura?

«No claro que no claro que no joder claro que no.»

—Sí, por supuesto. Estoy bien. No pasa nada.

De camino al dormitorio pisó su chaqueta. Con las
prisas por llegar al cuarto de baño la había dejado caer
en la entrada. Se inclinó y la recogió. Tenía una manga
rasgada, y el reloj de Daniel todavía estaba en el bolsi-
llo. Lo cogió, le dio la vuelta y se lo puso en la muñeca.
El papel higiénico que le envolvía el antebrazo se ha-
bía teñido de rojo, y podía sentir cómo la herida le pal-
pitaba a medida que, con cada pulsación, sangraba
más. La cabeza le daba vueltas. En el cuarto de baño
dejó caer el reloj en el lavabo, se deshizo del papel, sol-
tó la toalla en el suelo y volvió a meterse debajo de la
ducha.

Utilizó unas tijeras para limpiar la suciedad que te-
nía debajo de las uñas y observó cómo el agua se volvía

rosada a sus pies. Cerró los ojos. Oyó la voz de Daniel preguntándole «¿Qué te pasa?», y la de Deidre diciendo «No, Philip, tenemos *bridge*», y luego la suya propia: «Incendiar cosas. Incendiar. Incendiar incendiar incendiar».